

RELIGIÓN Y PODER. PROPUESTA A FAVOR DE UNA TEOLOGÍA "DÉBIL" EN TIEMPO DE GUERRA

Fr. Ulrich Engel OP
Berlin, Germany

Traducido al castellano por Ricardo de Luis OP.

A los pocos minutos de suceder los acontecimientos del 11 de Septiembre del 2001, los pérfidos ataques terroristas al World Trade Center en Nueva York y al Pentágono en Washington fueron puestos en relación con el ámbito de lo religioso. Ya se tratara de la extensión mediática del título "lucha de culturas" (SP: Huntington), o del acceso de la opinión pública a la cruda herencia islámica que Mohammed Atta, el piloto suicida, dejó en su testamento; ya se tratara de la retórica de guerra que acompañaba en el ámbito político el ataque aliado a Osama bin Laden y a Afganistán, o en las tomas de postura de representantes eclesiásticos en las múltiples celebraciones funerarias por las víctimas de los atentados. La religión siempre estuvo y está sobre el tapete.

La pregunta se levanta delante de nosotros. ¿Qué significa esta relación de violencia con religión? ¿Existe un potencial de violencia inherente a lo religioso más allá de las religiones monoteístas: Judaísmo, Cristianismo e Islam, o precisamente en ellas? ¿En el ataque terrorista contra las torres gemelas de Manhattan – símbolo del capitalismo globalizado – se manifiesta el despertar de una "locura religiosa" – como ha señalado la revista alemana *Der Spiegel*? Estas preguntas y otras parecidas desafían a los teólogos y teólogas dominicas a una toma de postura, y ciertamente "a una determinada religión para que exponga su relación con la violencia a través de su teología correspondiente" (H-J. Sander)

1. La lógica criminal del 11 de Septiembre no es fundamentalista en el sentido de una marcha atrás de una racionalidad religiosa transformada. Mucho menos se trata de un progreso de esa misma racionalidad. La violencia terrorista no parece antimoderna y por eso tampoco busca santificar el mundo (¡según R. Girard lo santo es lo que produce la relación entre religión y violencia!); tampoco intenta la restauración de fundamentos dogmáticos de la fe, ni anticipa una utopía. El dogma del terror de Nueva York y Washington es la violencia. No otra cosa. Que esa violencia, que como toda práctica violenta del absolutismo político excluye lo otro, es decir el otro, haya irrumpido el 11 de Septiembre de forma totalitaria, es lo que la hace tan peligrosa. Pues allí donde la violencia actúa en nombre de lo total, destruye también de forma total – como la masa de despojos humanos en la "zona cero" nos hizo ver de forma tan brutal. La violencia absoluta, con la que el mundo ha sido confrontado el 11 de Septiembre, está vacía de toda intención y por ello es la expresión de un "nihilismo" (J. Manemann). La racionalidad del terror no es nada más que terror, dicho de modo sucinto, aterrorizar ("terroratio" J.Ph. Reemtsma). ¡La

retórica pseudo religiosa, que rodea el 11 de Septiembre sólo sirve a la violencia totalitaria como coartada!

2. Aún cuando los atentados de Nueva York y Washington no deben ser interpretados como acciones motivadas religiosamente, es evidente que la lógica terrorista de la destrucción total se esconde bajo la coartada de lo religioso. La pregunta es, pues, ¿qué tiene la religión para que sea tan susceptible, tan apropiada, tan atractiva a la hora de dar cobertura a las acciones violentas? ¿Y cómo puede la religión, cómo pueden religiones concretas, defenderse de esta apropiación?

Una posible respuesta la encuentro en el ensayo de Jacques Derrida "Fe y saber", publicado en el año 1966. Partiendo de un análisis de diversos acontecimientos de violencia religioso-política (sobre todo en las llamadas guerras de religión), Derrida investiga –como por otra parte también R. Girard – la violencia en medio de lo religioso. Frente a la forma analizada de la religión violenta Derrida sienta ahora el pensamiento de "otra" religión. Reconstruye una "religión sin religión" (Ch. Lienkamp), una religión que se encuentra libre de todo condicionamiento religioso, un mesianismo ("lo mesianístico) sin mesianismo. Según Derrida, tal religión, nueva y vaciada, hace frente en nombre de la justicia y la democracia a toda forma de violencia político religiosa, a toda guerra. El camino por el cual la religión misma llega a ser otra cosa es la "désertification", la desertificación, la vuelta al desierto. Un autovaciamiento de este tipo que se aleja de la propia convicción dogmática fuerte la conoce la tradición cristiana, por ejemplo, en la figura de lo apofático, de la llamada teología negativa. O nos sale al encuentro en la teología mística, cuyos textos nos presentan de forma variada la imagen del desierto.

3. Apoyándome en Derrida propongo que de modo más rotundo las religiones históricas de revelación retomen su racionalidad dogmático-positiva "de otra forma": retomen sus propias tradiciones de negación y a sus tradiciones no unívocas, quizás incluso sus tradiciones pseudo-heréticas. En este contexto pienso, sobre todo en la teología mística, tal y como históricamente ha encontrado su puesto en el Judaísmo, en el Cristianismo y en el Islam, aunque a menudo fueran discutidas por la dogmática dominante. Un redescubrimiento de ese momento de teologías "débiles" y no unívocas quizás podría proteger al Judaísmo, al Cristianismo y al Islam de convertirse involuntariamente en lugares de absorción por una violencia pseudo religiosa.

A la hora de realizar esa labor teológica la teología cristiana puede recurrir a importantes representantes de la Orden: a Tomás de Aquino y a los rasgos apofáticos que indudablemente contiene su teología, como a la mística del Maestro Eckahrt. Con Tomás y Eckahrt, hoy, en *tempore belli*, ejercer una teología „débil“ quiere decir: salir conscientemente al paso de la parte violenta del propio aspecto de lo religioso y poner esas partes, tanto de forma crítica como autocrítica, y una vez cargadas con la mediada del evangelio de Jesucristo a favor de la justicia y la democracia: dicho de manera abreviada: una "humanidad cristiana" (E. Schillebeeckx).